



EL SUEÑO *de la* MÁQUINA *de* COSER

Una novela deliciosa que retrata la sociedad de la Italia de principios de siglo a través de los ojos de una joven modista.

Bianca
Pitzorno

BIANCA PITZORNO

EL SUEÑO DE LA MÁQUINA DE COSER

Traducción de Maribel Campmany



Título original: *Il sogno della macchina da cucire*

© Bompiani/Giunti Editore S.p.A., Firenze-Milano, 2018

www.giunti.it

www.bompiani.it

© por la traducción, Maribel Campmany, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Imágenes del interior

© Moire-Studio / Shutterstock

© VectorPot / Shutterstock

Por esta edición:

Espasa Libros, 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2020

ISBN: 978-84-670-5904-5

Depósito legal: B. 2.912-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

VIDA MÍA, CORAZÓN MÍO



Tenía siete años cuando mi abuela empezó a encargarme los acabados más sencillos de las prendas que cosía en casa para sus clientas durante las épocas en que no le pedían que fuera a trabajar a domicilio. Nos habíamos quedado las dos solas después de la epidemia de cólera que se había llevado, sin hacer distinciones de sexo, a mis padres, mis hermanos y hermanas y a todos los demás hijos y nietos de mi abuela, mis tíos y mis primos. Cómo conseguimos esquivarla nosotras dos todavía no me lo explico.

Éramos pobres, pero también lo éramos antes de la epidemia. Nuestra familia nunca había tenido nada, excepto la fuerza de los brazos de los hombres y la habilidad de los dedos de las mujeres. Mi abuela, sus hijas y cuñadas eran conocidas en la ciudad por su destreza y precisión en la costura y el bordado, por su honestidad, limpieza y fiabilidad en las tareas domésticas cuando servían en las casas de los señores, ya que tenían cierta gracia si hacían de camareras y además podían ocuparse de la ropa. Del mismo modo, casi to-

das eran buenas cocineras. Los hombres trabajaban a jornal como albañiles, mozos, jardineros. En nuestra ciudad todavía no había muchas industrias que emplearan obreros, pero la cervecera, el lagar, el molino y también los eternos trabajos de excavación para el acueducto solían necesitar mano de obra no especializada. Que yo recuerde, nunca pasamos hambre, aunque cuando no lográbamos pagar el alquiler de los modestos pisos en los que vivía la gente de nuestra clase debíamos cambiar a menudo de casa y amontonarnos durante un tiempo en alguno de los sótanos o los bajos del casco antiguo.

Cuando nos quedamos solas, yo tenía cinco años y mi abuela cincuenta y dos. Todavía era fuerte y podría haberse ganado la vida si hubiera entrado a trabajar en casa de alguna de las familias donde había estado empleada de joven y había dejado un buen recuerdo. Pero ninguna de ellas le habría permitido tenerme consigo, y ella no quería meterme en uno de los hospicios o albergues para huérfanos tutelados por monjas que había en la ciudad, pero que tenían una pésima fama. Incluso trabajando a media jornada no habría sabido dónde dejarme durante el día. Así que apostó consigo misma a que conseguiría mantenernos a ambas únicamente cosiendo, y le salió tan bien que no recuerdo haber pasado ninguna privación durante aquellos años. Vivíamos en una vivienda de dos cuartitos en el semi-sótano de un edificio señorial, en una calle estrecha y empedrada del casco antiguo, y pagábamos el alquiler en especies: limpiando diariamente el portal y las esca-

leras hasta el cuarto piso. Mi abuela tardaba dos horas y media cada mañana en hacerlo; se levantaba cuando todavía estaba oscuro, y, después de guardar el cubo, los trapos y la escoba, empezaba a coser.

Había arreglado con tanta dignidad y gracia uno de los dos cuartitos que podía recibir a las clientas que venían a traerle encargos y algunas veces a tomarse medidas para las prendas que confeccionaba, aunque casi siempre era ella quien acudía a sus casas con la ropa hilvanada sobre el brazo, envuelta en una sábana para protegerla, y el cojín de los alfileres atado, junto a la tijera, a una cinta que le colgaba sobre el pecho. En esas ocasiones me llevaba consigo después de recordarme mil veces que me debía quedar quieta en un rinconcito. Lo hacía porque no sabía con quién dejarme, pero también para que empezara a aprender con lo que viera.

La especialidad de mi abuela era la lencería: ajuares completos para casa, sábanas, manteles, cortinas, pero también camisas de hombre y de mujer, ropa interior, conjuntos de recién nacido. En aquella época, sólo algunos almacenes de mucho lujo vendían estas prendas de vestir ya hechas. Nuestras grandes rivales en este terreno eran las monjas del Carmelo, a las que se les daban muy bien los bordados. Pero mi abuela también confeccionaba vestidos de día y de noche, chaquetas, abrigos. Todo de mujer. Y, obviamente, reduciendo las medidas, de niño. De hecho, yo siempre iba bien vestida, limpia y correcta, a diferencia de las otras pequeñas andrajosas del callejón. Con todo, a pesar

de su edad, a ella la consideraban una «modistilla», alguien a quien dirigirse para las cosas más sencillas y cotidianas. En cambio, en la ciudad había dos costureras realmente importantes, rivales entre sí, que atendían a las señoras más ricas y a la moda, y ambas tenían un taller de costura y varias empleadas. Recibían los catálogos con los figurines, y en algunos casos incluso los tejidos, de la capital. Encargarles que te confeccionaran un traje costaba una fortuna. Con ese dinero mi abuela y yo podríamos haber vivido cómodamente dos años, o quizá más.

Luego había una familia, la del abogado Provera, que incluso se hacía traer desde París los vestidos de baile y de ceremonia de su mujer y sus dos hijas. Una verdadera extravagancia, porque era sabido en la ciudad que para todo lo demás, incluido su propio guardarropa, el abogado Provera era muy avaro, a pesar de poseer uno de los patrimonios más importantes de la localidad. «Cuanto más dinero tienen, más locos están», suspiraba mi abuela, que de joven había trabajado para los padres de la mujer, también riquísimos terratenientes que para la boda habían equipado a su única hija, Teresa, con un ajuar extraordinario, digno de una heredera americana, traído igualmente de París, y le habían asignado una dote principesca. Pero, por lo visto, el yerno sólo estaba dispuesto a gastar en la elegancia de sus mujeres, no en la suya propia. Como todos los señores, el abogado acudía a un sastre para hombres para hacerse sus trajes, aunque el oficio de sastre era por completo distinto del nuestro: se usa-

ban otros tejidos, el corte era diferente; también eran distintas las técnicas de cosido y las reglas de aprendizaje: no se admitía que ninguna mujer trabajara en ese terreno, tal vez porque por las exigencias del pudor les estaba vetado tocar los cuerpos masculinos para tomarles las medidas, no lo sé, pero se trataba de una vieja tradición. Dos mundos del todo separados.

Mi abuela era analfabeta. Nunca había podido permitirse el lujo de ir a la escuela, y ahora, a pesar de que lo deseaba, tampoco podía concedérmelo a mí. Necesitaba que aprendiera a ayudarla rápidamente y que dedicara al trabajo todo mi tiempo. La alternativa, me recordaba siempre, era el orfanato, donde, sí, me enseñarían a leer y a escribir, pero viviría como en la cárcel, pasando frío, comiendo poco y mal, y luego, a los catorce años, cuando me echaran, ¿qué sería capaz de hacer que no fuera ser criada: vivir en casa de otros, con las manos siempre metidas en agua fría o quemadas por las cazuelas o la plancha, y tener que obedecer, obedecer a cualquier hora del día y de la noche, sin ninguna perspectiva o esperanza de mejorar? Aprendiendo un oficio, en cambio, siempre tendría mi independencia. Lo que temía más que nada, me confesó la abuela muchos años después, poco antes de morir, era que, estando siempre de servicio y durmiendo bajo el mismo techo que la familia, el señor o los señoritos pudieran molestarme.

«¡Yo sabría defenderme!», le dije indignada. Y fue

entonces cuando la abuela me contó la triste historia de su prima Ofelia, de cuando su patrón quiso propiarse y ella lo rechazó, lo abofeteó y lo amenazó con denunciarlo a su esposa. Él, para vengarse y anticiparse a las acusaciones, hizo desaparecer del salón una pitillera de oro y la escondió en el cuartito en que Ofelia dormía. Después hizo que su mujer lo acompañara a registrar las pobres cosas de la sirvienta, y, tras «descubrir» la pitillera, la despidieron en el acto, y sin carta de recomendación. La señora les contó el hurto a todas sus amistades. La noticia se propagó y ninguna familia respetable quiso contratar a la «ladrona». El único trabajo que encontró Ofelia fue el de fregona en una taberna. Pero allí los clientes borrachos también le complicaban la vida, le hacían proposiciones indecentes, se la disputaban entre ellos, la involucraban en sus peleas. Una noche la detuvieron y fue el principio del fin. El reglamento de la policía en materia de prostitución, era muy severo. La pusieron bajo vigilancia y a la tercera riña, en la que no tenía ninguna culpa, Ofelia fue obligada a registrarse como prostituta y a vivir en un prostíbulo, donde enfermó y pocos años después murió del mal francés en el hospital.

Para mi abuela, recordar esa historia era como revivir una pesadilla. Sabía la fina línea que separaba una vida honorable de un infierno hecho de sufrimiento y vergüenza. Cuando era niña no me hablaba nunca de ello, es más, hacía todo lo posible por mantenerme en la más absoluta ignorancia de todo lo que tuviera que ver con el sexo, incluidos sus peligros.

En cambio, empezó muy pronto a ponerme aguja e hilo en las manos, y algunos pequeños retales de tela que le sobraban de su trabajo. Como buena maestra que era, me lo presentaba como un juego. Yo tenía una vieja muñeca de papel maché muy estropeada que heredé de una de mis primas fallecidas, a quien se la regaló muchos años antes la hija de la señora con quien su madre servía a media jornada. La quería mucho y me daba pena, tan desnuda y con todas esas raspaduras a la vista. (Mi abuela, por la noche, la desnudó e hizo desaparecer su ropa.) Estaba impaciente por aprender a hacerle por lo menos una blusa, un pañuelo, y luego una sábana, y después un delantal; la meta, naturalmente, era un traje elegante con pequeños fruncidos y el dobladillo ribeteado con encaje. No era fácil, y al final fue mi abuela quien completó la obra.

Pero durante el proceso aprendí a hacer dobladillos perfectos, con puntos pequeñísimos y todos iguales, sin pincharme los dedos y sin manchar de sangre la batista blanca y suave de las camisolas de los bebés y de los pañuelos. A los siete años, hacer dobladillos se convirtió en mi tarea diaria. Me alegraba cuando oía decir a la abuela: «Eres una gran ayuda para mí». Y, efectivamente, el número de prendas que mi abuela conseguía hacer en una semana aumentaba de un mes a otro, y las ganancias, aunque fueran pocas, también. Aprendí a hacer vainicas en las sábanas, un trabajo monótono que me permitía fantasear, y vainicas ciegas, que requerían más atención. Ahora que había crecido, mi abuela me dejaba salir sola a comprar hilo a la

mercería, a entregar la ropa terminada, y si de regreso a casa me paraba a jugar en la acera durante media hora con las otras niñas del barrio, no se quejaba. Pero no le gustaba dejarme en casa sola demasiado tiempo, y cuando se veía obligada a ir a coser todo el día a casa de alguna clienta, con la excusa de que yo la ayudaba, me llevaba consigo. Eran trabajos muy provechosos porque incluso los días oscuros podíamos emplear todas las velas o el petróleo que necesitaba la lámpara sin tener que gastar el nuestro. Y porque a mediodía nos daban de comer, de modo que esos días también podíamos ahorrar en comida. Un buen almuerzo, con diferencia mucho mejor que lo que solíamos comer habitualmente, un poco de pasta, carne y fruta, que en algunas casas teníamos que tomar en la cocina, en compañía de las criadas, y en otras nos lo servían, a nosotras dos solas, en el cuarto de costura. Nunca nos invitaban a sentarnos a la mesa de los señores.

Por lo general, en esas residencias ricas y elegantes había, como he dicho, una habitación dedicada a la costura, bien iluminada, con una mesa grande donde extender el tejido para cortarlo, y a menudo también había, maravilla de las maravillas, una máquina de coser. Mi abuela sabía usarla, no sé dónde aprendió, y yo la miraba fascinada mientras hacía subir y bajar el pedal con un ritmo constante y la tela avanzaba rápidamente bajo la aguja. «Si pudiéramos tener una en casa —suspiraba ella—, ¡podría aceptar muchísimo más trabajo!» Pero ambas sabíamos que nunca íbamos a poder permitirnosla, y además tampoco teníamos sitio para ponerla.

Una de esas tardes, mientras recogíamos las cosas para volver a nuestra morada tras terminar el trabajo, entró empujada por su madre la señorita para la que estábamos cosiendo el vestido blanco de la confirmación, una jovencita de mi edad: entonces tenía once años. Me tendió con timidez un paquete rectangular, bien envuelto en papel grueso de abacería y atado con un cordel.

—Son los tebeos del año pasado —explicó su madre—. Erminia ya los ha leído y releído y cada semana recibe uno nuevo. Ha pensado que te gustaría tenerlos.

Antes de que la mirada severa de mi abuela me paralizara, se me escapó decir:

—No sé leer.

La señorita Erminia se miró los zapatos incómoda, torciendo la cara en una mueca triste como si fuera a echarse a llorar. La madre, después de un breve titubeo, reaccionó y sonrió desenvuelta.

—No pasa nada. Puedes mirar los dibujos. Son preciosos.

Y puso el paquete entre mis manos.

Tenía razón. Cuando abrí el paquete en casa y esparcí el contenido encima de la cama, me quedé sin respiración. Nunca había visto nada tan hermoso en mi vida. Algunos dibujos estaban coloreados, otros eran en blanco y negro, pero todos me fascinaron. ¡Lo que habría dado por poder leer también lo que ponía debajo! Por la noche, con la sábana tapándome la cabeza, lloré un poco, intentando que la abuela no me

oyera. Pero ella me oyó. Y la semana siguiente, después de terminar el trabajo en casa de la señorita Erminia, me dijo: «He hecho un pacto con Lucia, la hija de la mercera. Ya sabes que está prometida y que se casa dentro de dos años. Le he propuesto que le bordaremos doce sábanas con sus iniciales con punto de sombra y ella, a cambio, te dará una hora de clase dos veces a la semana. Había estudiado para maestra, aunque no se sacó el diploma. Estoy convencida de que aprenderás enseguida».

Pero tardé casi tres años, porque Lucia tenía poca experiencia y yo poco tiempo para practicar. De hecho, seguía ayudando a la abuela con tareas cada vez más difíciles, y cuando íbamos a coser a domicilio me veía obligada a saltarme la clase. Al principio, como no contaba con ningún silabario y no quería hacer gastar dinero a la abuela, le pedí a Lucia que me enseñara con las páginas de los tebeos, y ella aceptó. «Mejor. No será tan aburrido.» Ya tenía veinte años, pero se divertía como una niña con los acertijos, las noticias sobre animales extraños, los trabalenguas. Los versos eran graciosos, nos hacían reír, pero no eran palabras que se usaran todos los días. Al cabo de unos meses tuvimos que pedir prestado un libro escolar. En cualquier caso, yo me sentía feliz de aprender y muy agradecida a mi improvisada maestra. Le dije a la abuela que no se preocupara de las sábanas con punto de sombra, quería bordarlas todas yo. Las terminé justo la vigilia de la boda de Lucia. Y por las clases que me dio al año siguiente le cosí doce camisolas de varias

medidas para el bebé que esperaba. También hice para él un trajecito bordado inspirándome en los de las dos hijas del rey, las princesitas Yolanda y Mafalda, que había visto en una gran fotografía expuesta en el escaparate de una tienda, en brazos de la reina. Cuando el bebé de Lucia nació, un guapo varón, poco después de mi decimocuarto cumpleaños, ella me dijo: «Se acabaron las clases. Ahora ya no tengo tiempo. Y además ya vas lo bastante adelantada como para seguir sola».

Para que practicara, me regaló unos «tebeos», los suyos, que ya no tenía tiempo ni de hojear. Muchas de las páginas se caían a pedazos al pasarlas, estropeadas después de tanto uso. En realidad, no eran revistas, sino libretos de ópera. Nunca había ido al teatro, pero sabía que cada año venía a la ciudad una compañía de bel canto que ponía en escena los melodramas más actuales. No sólo asistían los señores, sino también los tenderos y algunos artesanos que podían permitirse una entrada en el gallinero. Muchas arias las conocía porque nuestras clientas más jóvenes las cantaban en su salón acompañándose al piano.

Leí los libretos como si fueran novelas y descubrí maravillada que todas, pero absolutamente todas las historias, hablaban de amor. Amores apasionados, amores fatales. Era un tema al que todavía no había prestado mucha atención, pero desde ese momento empecé a aguzar el oído con curiosidad por las conversaciones de los adultos.

En aquellos días se hablaba mucho, en los salones de las familias importantes, en los cafés que frecuentaban los señores, pero también en nuestro callejón, en las calles adyacentes, incluso en los puestos del mercado, de una historia que se parecía mucho a las de los melodramas de Lucia. La hija de diecisiete años del señor Artonesi se había enamorado perdidamente del marqués Rizzaldo y quería casarse con él a pesar de la oposición del padre. Mi abuela y yo conocíamos a la familia Artonesi, que vivía unas calles más allá, en un gran apartamento en la planta noble de un edificio señorial y elegante, como había muchos en el casco antiguo mezclados con los sótanos, que antiguamente eran los establos y que ahora, al disminuir el uso de caballos y carrozas, se habían convertido en la vivienda de los seres humanos más pobres y desesperados. Habíamos tenido varias veces la oportunidad de ir a coser a la residencia de los Artonesi, llamadas por la gobernanta. Ella dirigía la casa desde que la señora, la esposa del dueño, había muerto en la gran epidemia, dejando una única hija, precisamente la protagonista de los recientes comentarios de la historia de amor. La señorita, a la que habíamos visto crecer y para la que habíamos cosido en su momento varias batas de estar por casa y algún vestido veraniego de muselina bordada, se llamaba Ester y era la niña de los ojos de su padre, el cual no era capaz de negarle nada, ni siquiera lo más extravagante. De hecho, no sólo hacía poco que le había comprado un maravilloso piano de cola que hizo traer de Inglaterra, sino que

además le permitía tomar clases de equitación en el picadero, frecuentado casi exclusivamente por jovencitos y por alguna joven señora acompañada de su marido. En la ciudad se murmuraba que Ester Artonesi no montaba a lo amazona, sino a horcajadas, y que por eso llevaba un par de pantalones debajo de la falda. A pesar de las lamentaciones de la gobernanta y de las mujeres de la familia, el padre le perdonaba su total desinterés por la costura, el bordado, la cocina y todas las demás cosas que tuvieran que ver con el gobierno de la casa. Y cuando Ester se encaprichó de las lenguas extranjeras y de las antiguas, llamó a una vieja solterona de origen tunecino para que le enseñara francés dos veces a la semana; a la periodista americana que llevaba muchos años viviendo en nuestra ciudad, para el inglés, y a un cura del seminario para las clases de latín y griego. Desde niña, además, Ester tenía un profesor de ciencias que le enseñaba botánica, química, geografía, y le explicaba cómo funcionaban las máquinas de reciente invención. Estas lecciones la divertían y nunca las había dejado. (Yo la adoraba porque, una vez que estábamos trabajando en su casa, entró con el profesor de ciencias en el cuarto de costura y permitió que mi abuela y yo asistiéramos a la explicación sobre el mecanismo de la nueva máquina de coser alemana. El maestro la había desmontado por completo, nos dijo el nombre y la función de cada pieza, nos las hizo tocar; después volvió a montarla lentamente mostrándonos los engranajes uno a uno y explicando a mi abuela cómo lubricarlos. A mí, que

entonces tenía once años, me pareció que presenciaba un milagro.)

«Quiere educarla como a un chico...», susurraban contrariadas las mujeres de la familia. La cuñada del señor Artonesi se lo había dicho incluso a las claras: «Ten en cuenta que, cuando Ester se case, todo esto no le servirá de nada. La estás estropeando». Pero él se encogió de hombros y la invitó a interesarse por la educación de sus propias hijas, que estaban creciendo como unas verdaderas remilgadas.

El señor Artonesi podía permitirse esa originalidad y ese desprecio por las convenciones, además de todos esos gastos, porque era muy rico. Poseía grandes extensiones de terreno cultivado con trigo, cebada y lúpulo, pero, a diferencia de los otros latifundistas locales, tenía iniciativa y no se limitaba a cobrarles las rentas de las cosechas a los aparceros. Administraba personalmente varios molinos de su propiedad que también molían para otros agricultores, y una gran fábrica de cerveza, la única de nuestra comarca. A menudo se hacía acompañar por su hija en sus rondas de inspección.

—Algún día tú serás quien se encargará de hacerlo—le decía.

—Lo hará su marido—lo corregía su cuñada, la tía materna de la chica—. A menos que con estas extravagancias consigas que se quede soltera.

Era difícil que eso pudiera ocurrir, pensaba yo, por-

que la señorita Ester Artonesi no sólo era una rica heredera, sino también una chica guapísima. Tenía una figura esbelta, una elegancia y una gracia de movimientos fuera de lo común, un rostro tan dulce y expresivo como para enamorar al más rudo e indiferente de los hombres. A su alrededor rondaban muchísimos pretendientes, pero ella era capaz de mantenerlos a raya. Amable, sin ser nunca ofensiva, con pocas frases les daba a entender que era mejor que se quitaran de en medio. Yo la admiraba también por eso. Los hombres en aquella época me parecían todos ridículos, y más ridículas aún sus zalamerías. Había ciertas cosas que sólo tenían cabida en el mundo del melodrama, donde podían pronunciarse ese tipo de frases absurdas y empalagosas.

Cuando oí que la señorita Ester estaba enamorada del marqués Rizzaldo, a quien había conocido en el picadero, no me lo podía creer. Y, además, con sus treinta años, el marqués me parecía un viejo. Mi abuela, sin embargo, no encontraba nada raro en ello. El marqués, comentó con la dueña de la mercería donde comprábamos agujas e hilos, a pesar de no ser riquísimo como los Artonesi, tenía un discreto patrimonio personal, por lo que no había peligro de que se tratara de un cazafortunas. Y poseía un título nobiliario antiguo y respetado, del que por culpa de la gran epidemia había quedado como único representante. Era lógico que tuviera prisa por casarse para poder traer al mundo un heredero, tal vez para formar una familia numerosa, mientras fuera lo suficientemente joven.

La edad de la novia elegida no representaba un problema para mi abuela y para sus conocidas. Ellas mismas se habían casado alrededor de los dieciséis años.

En cambio, el señor Artonesi, que había cedido a tantos caprichos de su hija, no estaba dispuesto a complacerla en esta decisión. Desde el primer momento no le gustó el marqués, pero no habría sabido decir nada concreto contra él. En cuanto a Ester, la consideraba demasiado joven para el papel de esposa y señora de la casa.

—Todavía no tienes experiencia —le decía—. Todavía te queda mucho por aprender.

—Guelfo me enseñará —contestaba la hija, testaruda.

—Sólo te pido que esperes hasta la mayoría de edad —insistía el padre—. Si por entonces no has cambiado de idea, te daré mi consentimiento.

—¡Cuatro años! ¿Quieres verme muerta? Dentro de cuatro años seré una vieja. Y Guelfo mientras tanto se buscará a otra. No sabes cuántas chicas lo rondan. Y, además, perdona, pero cuando sea mayor de edad ya no necesitaré tu permiso.

Conocíamos el tono de estos diálogos porque nos los contaba la gobernanta. También nos hablaba de las cartas apasionadas que a diario llegaban a casa de los Artonesi acompañadas de ramos de flores. Y de los días que la señorita Ester se pasaba llorando encerrada en su habitación porque su padre ya no le permitía salir sola y sus acompañantes tenían orden de impedir cualquier contacto con el marqués.